

Vidas americanas

Patricio Fontana

VIDAS AMERICANAS

LOS USOS DE LA BIOGRAFÍA EN
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO,
JUAN BAUTISTA ALBERDI Y JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Bernal, 2024

Colección La ideología argentina y latinoamericana
Colección homenaje a Oscar Terán
Dirigida por Laura Ehrlich

Fontana, Patricio
Vidas americanas: los usos de la biografía en Domingo Faustino
Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez / Patricio
Fontana. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2024.
360 p.; 23 x 15 cm. - (La ideología argentina y latinoamericana /
Laura Ehrlich)

ISBN 978-987-558-927-8

1. Historia. 2. Historia Argentina. 3. Biografías. I. Título.
CDD 920.02

Ilustración de tapa: Ariel Mlynarzewicz,
Los infernales de Güemes, óleo sobre lienzo, 2010.
Agradecemos al autor la autorización para su publicación

© Patricio Fontana, 2024
© Universidad Nacional de Quilmes, 2024

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-927-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción. La biografía y sus usos	11
Un desierto biográfico	11
Un género impuro y disponible	15
Historia y biografía: una relación contenciosa	20
El artificio biográfico	26
Lo estrictamente biográfico	31
A propósito de las vidas americanas	33
Capítulo 1. Sarmiento lector y autor de biografías	37
La vida incierta y precaria	38
El biógrafo como espejo o como lámpara	40
El libro más original	53
Vidas americanas	60
Capítulo 2. Sarmiento biógrafo de caudillos	115
José Félix Aldao	115
Juan Facundo Quiroga	142
Ángel Vicente “El Chacho” Peñaloza	160
Capítulo 3. Alberdi y los héroes de la paz	175
Sarmiento y su biógrafo	176
El biógrafo escrupuloso	188
Manuel Bulnes: otra biografía de pasaje	194
William Wheelwright: un empresario extranjero para el desierto argentino	205
Juan María Gutiérrez: el único hombre de Estado de la República Argentina	222

Capítulo 4. Juan María Gutiérrez: biógrafo de escritores	239
La <i>América poética</i> como colección de biografías	242
Vidas de escritores oscuros	253
Obras completas, biografía y amistad: Juan Cruz Varela y Esteban Echeverría	272
Epílogo. Supervivencias	319
Después de las biografías	319
Las biografías de los biógrafos	329
Bibliografía	333

AGRADECIMIENTOS

Este libro es resultado de la reescritura de mi tesis de doctorado. Todo el proceso llevó varios años y muchas personas, de un modo u otro, me han ayudado. De entre todas ellas, quiero agradecer en primer lugar a Cristina Iglesia, que dirigió la tesis y me acompañó con inteligencia y calidez en cada uno de los pasos posteriores.

También quiero agradecer a los jurados de esa tesis: Martín Kohan, Julio Premat y Adriana Rodríguez Pérsico. Sus comentarios fueron un estímulo muy importante para transformar esa tesis en este libro.

Alejandra Laera y Claudia Roman fueron, como siempre, una compañía indispensable.

Mi agradecimiento se extiende, además, a Graciela Batticuore y a los otros colegas y amigos con los que compartí o comparto espacios de trabajo y formación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: Sandra Gasparini, Claudia Torre, Loreley El Jaber, Pablo Ansolabehere, Lara Segade, María Vicens y Nicolás Suárez.

Fue gracias a los seminarios dictados por Florencia Calvo y Nora Domínguez que tuve la oportunidad de leer el corpus desde perspectivas enriquecedoras y de ponerme en contacto con bibliografía insospechada.

Quiero dejar aquí constancia de mi gratitud hacia Melchora Romanos y Noé Jitrik, que dirigían, respectivamente, el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” (UBA) y el Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA) cuando escribí la tesis.

Lidia Amor, María Sonia Cristoff, Claudia Bacci, Fabio Wasserman, Paula Bruno, Ana Basarte, Mariano Saba, Laura Ísola, Patricia Festini, Karina Boiola, Nancy Blanco, María Agustina Saracino, Eleonora González Capria, Liliana Baratelli, Alejandro Virué, Walter García, Constanza Ludueña, Lidia Calvillo, Nadia Prado, Vladimir Cordero Palacios y César Holot me socorrieron con las traducciones, me sugirieron bibliografía, me permitieron acceder a ella o me brindaron otras ayudas también imprescindibles.

Esa tesis me puso en contacto, en Rosario, con colegas y amigos con los que seguimos interrogándonos sobre la biografía como “un arte vulnera-

ble”, entre ellos especialmente Julia Musitano, Antonio Marcos Pereira y Judith Podlubne.

En la etapa final de redacción fue clave la participación de Yamila Bêgné. Finalmente, a esta zona de los agradecimientos quiero sumar a Jorge Myers, a Laura Ehrlich y a Rafael Centeno, de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes. En las distintas etapas del proceso editorial, los tres hicieron todo lo necesario y aún más para que este libro finalmente exista.

La compañía de mi familia fue, una vez más, fundamental: la de mis padres, Miguel y María del Carmen, o la de mi hermano Lucio. Por esa razón –y por muchas otras– es que este libro está dedicado a Lucía De Leone y a Martín Fontana, que nació cuando empezaba a escribirlo.

INTRODUCCIÓN LA BIOGRAFÍA Y SUS USOS

En el segundo capítulo de *Evaristo Carriego*, Jorge Luis Borges afirma lo siguiente: “Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja es la inocente voluntad de toda biografía”.¹ El motivo principal de este libro es examinar cómo tres escritores argentinos del siglo XIX –Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez– ejecutaron esa paradoja.

Pero si la paradoja es sin dudas evidente, no es para nada evidente que en sus muchos siglos de existencia la escritura de vidas haya sido ejecutada, tal como asegura Borges, con inocencia o despreocupación. Desde Plutarco, los biógrafos no han dejado de dar noticias de su conocimiento de los problemas que presupone la escritura de una vida y, también, de las múltiples razones por las que se emprende esa tarea. Seguramente hubo, hay y habrá biógrafos inocentes o biógrafos que quieren pasar por inocentes, pero eso no ocurre con ninguno de los que me ocupo en este libro. Por el contrario, la producción biográfica de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez –tanto las biografías que escribieron como otros textos en los que se refieren a este género– merece atención, entre otros motivos, porque en ella se advierte que de ningún modo fueron ingenuos y que los dilemas acerca de cómo y por qué se escribe una vida no les fueron ajenos.

UN DESIERTO BIOGRÁFICO

Sarmiento (1811-1888), Alberdi (1810-1884) y Gutiérrez (1809-1878) fueron miembros centrales de la llamada generación romántica o generación del 37. Se trata de una generación que se regodeó en representarse como patéticamente instalada ante un desierto espacial, simbólico y político que se sentía conminada a ocupar con ciudades, con libros, con

¹ Borges, Jorge Luis, *Evaristo Carriego*, Buenos Aires, Manuel Gleizer Editor, 1930, p. 31.

instituciones.² Otro miembro importante de esa generación, Esteban Echeverría, llegó en su “Segunda lectura” a conclusiones desoladoras respecto de ese panorama:

En la anterior lectura, bosquejado el estado de nuestra cultura intelectual, de la cual nos proponemos hacer un completo y circunstanciado inventario, hemos deducido: que no tenemos ni literatura ni filosofía; que nuestro saber político nada estable y adecuado ha producido en punto a organización social; que nuestra legislación está informe; que de ciencias positivas apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad pero no un sistema argentino de doctrinas políticas, filosóficas, artísticas; que, en suma, nuestra cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada o muy poco contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina.³

Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez coincidían en líneas generales con este diagnóstico terminante. Ese desierto, de todos modos, no los paralizó, sino que, por el contrario, los impulsó a involucrarse activamente para transformarlo: para que dejara de ser un desierto. Y, entre otras tareas, se dedicaron a escribir biografías. En efecto, el desierto al que se enfrentaban tenía entre otras cualidades la de ser un desierto biográfico que debía poblarse con vidas escritas que le dieran a la nación algunos nombres propios con los cuales pudiera comenzar a ser identificada. En este sentido, la hipótesis de la historiadora Sabina Loriga acerca del proceso de “desertificación del pasado” que habría ocurrido en Europa en los siglos XIX y XX no parece adecuada para describir la situación, en ese mismo período, en América en general y la Argentina en particular.⁴ En el siglo XIX, las emergentes naciones americanas –e incluyo entre ellas a los Estados Unidos– requirieron una producción biográfica que las proveyera de los posibles nombres de su historia y, también, de modelos biográficos que sus ciudadanos pudieran admirar y emular.⁵

² Al respecto véanse Halperin Donghi, Tulio, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982; Matamoro, Blas, “La (re)generación del 37”, *Punto de Vista*, año IX, Nº 28, 1986; Myers, Jorge, “La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Goldman, Noemí (ed.), *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, t. III “Revolución, República, Confederación (1806-1852)”, pp. 381-445; Katra, William, *La generación de 1837: los hombres que hicieron el país*, trad. de María Teresa La Valle, Buenos Aires, Emecé, 2000; y Rodríguez, Fermín, *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.

³ Echeverría, Esteban, “Segunda lectura”, en Weinberg, Félix, *El salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977, p. 175.

⁴ Loriga, Sabina, *Le petit x: de la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010, p. 11.

⁵ En su estudio sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX, Germán Colmenares le dedica un capítulo a la invención del héroe. A partir de ejemplos de historiadores de diversos

En este libro propongo, entonces, una lectura de la obra biográfica de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez. Para ello, considero no solo las biografías que escribieron, sino también otros textos en los que reflexionaron sobre este género. Además del primer esbozo de una galería de celebridades nacionales, esos escritos –fechados casi todos entre 1840 y 1880– pueden ser leídos como el necesario sustrato textual para el surgimiento de la historia erudita en la Argentina, que se concretó recién hacia la década de 1880.⁶ Antes que históricos, los escritos que analizo vehiculizan una demanda de producción histórica.

Ese es el motivo por el que no incorporo la producción de Bartolomé Mitre; pese a que responden a una matriz biográfica, sus dos trabajos históricos más importantes se presentan desde el título como historia y no como biografía: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Ese es, por lo tanto, el límite externo del conjunto de textos que aquí leo: una escritura que sin dejar de ser biográfica habilitó el pasaje de la biografía a la historia y del biógrafo al historiador.

La producción de estos tres biógrafos está fechada casi toda en tiempos en los que, como lo señaló Fabio Wasserman en su estudio sobre las representaciones del pasado en el período 1830-1860, hay una preocupación por la escritura histórica –producto de la difusión del historicismo romántico en el Río de la Plata– que, sin embargo, no se concreta o se concreta débilmente.⁷ Son varios los motivos que explican para Wasserman la ausencia de relatos históricos nacionales en este período: entre ellos, la “precariedad o la inexistencia de un Estado nacional que [los] requiriera” y la “coexistencia de diversas alternativas consideradas viables, y, en más de un caso, deseables”.⁸ En ese período, el historiador es el historiador futuro.

países hispanoamericanos –por ejemplo Lastarria o Mitre– demuestra cómo el héroe histórico –y entonces la escritura biográfica– fue fundamental en el siglo XIX. Al mismo tiempo, da cuenta de algunas voces críticas respecto de esa decisión metodológica, entre las que sobresale, como se verá en el tercer capítulo de este libro, la de Alberdi. Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997, pp. 59-76.

⁶ Al respecto, véanse Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1957, “Fundación de la historia argentina”, t. IV “Los modernos”, pp. 99-117; y, más recientemente, Palti, Elías, “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª serie, Nº 21, 2000, pp. 75-98; Wasserman, Fabio, *Entre Clío y la polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Editorial Teseo, 2008; y Devoto, Fernando y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

⁷ Wasserman, F., *op. cit.* Se trata de un período que ni siquiera se cierra a fines de la década de 1850 con las primeras ediciones de la *Historia de Belgrano*, de Mitre, sino recién con la tercera edición, de 1876, que sería la primera narrativa histórica que da cuenta de manera consistente del “desarrollo de la nacionalidad argentina”. *Ibid.*, p. 104.

⁸ *Ibid.*, p. 99.

Lo anterior se vincula también al hecho de que el título de este libro no sea *Vidas argentinas* sino *Vidas americanas*. Esto se debe, en primer término, a que muchos individuos biografiados por Sarmiento, Gutiérrez o Alberdi no eran argentinos –o, con más precisión, no habían nacido en el territorio que llamamos hoy República Argentina–. También a que, cuando escriben esas biografías, la idea de qué era y qué no era argentino resultaba aún imprecisa.⁹ Pero además, aunque estos tres escritores albergaban la aspiración a que esa incertidumbre se desvaneciera, las biografías que analizo dan cuenta de inquietudes que, sin desentenderse de la cuestión específica de lo nacional, a menudo la exceden para abrirse a una interrogación por lo americano y, en particular, por cuáles debían ser los rasgos del patriota en América en diferentes modulaciones: el militar, el político, el religioso, el administrador, el poeta o el empresario. La patria así es, no pocas veces, y para decirlo con palabras de Juan María Gutiérrez, la “patria americana”.¹⁰

Por lo demás, los textos que analizo pueden ser considerados como narrativas de la nación –como modos de imaginarla– en el sentido en que examinó estas cuestiones Homi K. Bhabha.¹¹ Estos escritos biográficos pretenden acrecentar ese “capital social” sobre el que, según afirmó Ernest Renan en un texto fundamental y muy discutido de 1882, “basamos la idea de nación”, especialmente porque ese capital estaría compuesto, entre otras cosas, por grandes hombres.¹²

⁹ Otro motivo de la inexistencia de una narrativa histórica “capaz de demostrar la unidad de la Argentina tras el aparente caos de los hechos” fue para Wasserman la indeterminación territorial. *Ibid.*, p. 104. Recién en 1861, cuando ocurre la batalla de Pavón, hubo una primera y provisoria resolución de ese problema y, hacia 1880, otra algo más definitiva.

¹⁰ Gutiérrez, Juan María, “Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría”, en Echeverría, Esteban, *Obras completas de don Esteban Echeverría*, t. v, Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor, 1874, p. xcviii. Aprovecho esa referencia al interés por lo americano en estos tres letrados para aclarar que, en todo este libro, por diversas razones, y en especial porque así aparece utilizado en varios textos que analizo, prefiero el gentilicio “norteamericano” en lugar del más preciso “estadounidense”.

¹¹ Bhabha, Homi K. (comp.), *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*, trad. de María Gabriela Ubaldini, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010. Sobre estas mismas cuestiones véanse, además, Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; y Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1992. Hobsbawm insiste en destacar cuánto de “artefacto, invención e ingeniería social [...] interviene en la construcción de naciones”. *Ibid.*, p. 18. Además, rastrea las variaciones en los usos de los términos “nación”, “nacional” o “nacionalismo” en el siglo xix y explica que una característica de esos términos es su “modernidad” y que, por ejemplo, el diccionario de la RAE “no utiliza la terminología del Estado, la nación y la lengua en el sentido moderno antes de su edición de 1884”. *Ibid.*, p. 23.

¹² Renan, Ernest, “¿Qué es una nación?”, en Bhabha, Homi K. (comp.), *op. cit.*, p. 35. En ese texto Renan asegura que “el pasado heroico, [los] grandes hombres [y la] gloria” que componen el “capital social en el que basamos la idea de nación” son autoevidentes y no el resultado de una

El historiador y biógrafo François Dosse califica la biografía como un género “híbrido” o “impuro”.¹³ Enseguida, en apoyo de esto refiere que un prolífico escritor de biografías del siglo xx, André Maurois, lo definió como un género situado en un lugar de cruce entre lo científico y lo estético. La hibridez o impureza estaría dada aquí por la tensión entre la voluntad de reproducir objetivamente el pasado y “el polo imaginativo del biógrafo que debe recrear, según su intuición y sus capacidades creativas, un universo perdido”.¹⁴ Otro biógrafo importante, Michael Holroyd, escribió que “entre la historia y la novela está la biografía, esa hija indeseada que tanto ha avergonzado a las dos”.¹⁵

En el prólogo a su estudio sobre los inicios de este género en Grecia, el historiador Arnaldo Momigliano alude al “estado ambiguo de la biografía”.¹⁶ La ambigüedad no radica en este caso en la tensión que menciona Dosse, sino en la relación ambigua de la historia con la biografía a lo largo de los siglos y, también, en la posibilidad que ofrece a los historiadores del siglo xx de incorporar o prescindir de la “investigación social”: “La biografía ha adquirido un papel ambiguo en la investigación histórica: puede ser el instrumento de investigación social o puede ser un escape de la investigación social”.¹⁷ Un argumento similar propone Giovanni Levi en “Los usos de la biografía”, un artículo clave de 1989 en el que, además, cita ese segmento del libro de Momigliano.¹⁸

Asimismo, en un trabajo fechado pocos años antes que el de Dosse, el historiador Jacques Revel escribe:

La vitalidad de la biografía como género, con seguridad, se explica, entre otros factores, por el hecho de que juega sobre una variedad de públicos, sobre un abanico muy abierto de compradores que en uno y otro caso van mucho más allá de los historiadores profesionales. Mezcla fronteras acos-

construcción. *Ibid.* Es decir, en relación con esas entidades no estaría operando aquello que para Renan es no obstante fundamental en la constitución de una nación: el olvido que selecciona.

¹³ Dosse, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, trad. de Josep Aguado y Concha Miñana, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*, p. 55. Más adelante, Dosse se refiere a la “indefinición epistemológica” del género, al que caracteriza como “una mezcla de erudición, de creatividad literaria y de intuición psicológica”. *Ibid.*, p. 60.

¹⁵ Holroyd, Michael, *Cómo se escribe una vida*, selec. y pról. de Matías Serra Bradford y trad. de Laura Wittner, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2011, p. 60.

¹⁶ Momigliano, Arnaldo, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, trad. de María Teresa Galaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 11.

¹⁷ *Ibid.*, p. 17.

¹⁸ Levi, Giovanni, “Los usos de la biografía”, trad. de Araceli Rodríguez Tomp, *Revista de Temas Socio-Jurídicos*, Universidad Autónoma de Bucaramanga, N° 44, 2003, pp. 139-151.

tumbradas, las yuxtapone sin grandes dificultades, y lo hace con mayor facilidad en tanto que es capaz de adoptar formas muy diversas.¹⁹

Momigliano define la biografía como “una relación de la vida de un hombre desde su nacimiento hasta su muerte”.²⁰ Otras definiciones, como por ejemplo la que ofrece el diccionario de la RAE, no presentan mayores diferencias. Pero si la biografía es al parecer fácilmente definible como género, menos fácil es delimitar los discursos y los procedimientos que puede convocar. La voluntad de narrar y comprender una vida –incluso en los casos en que esa comprensión apunte a que no hay coherencia ni continuidad entre los hechos que la conforman– abre el género a la influencia de múltiples discursos y a la utilización de muy diversos procedimientos de escritura. También, a la defensa del archivo y las fuentes orales o escritas o a la reivindicación de la imaginación biográfica.

Los aportes de Momigliano, Revel o Levi –y con ellos muchos otros– coinciden, por ejemplo, en que el género habilita la investigación sociológica, pero, también, permite al historiador prescindir de ella. No por nada, Revel y Levi ofrecen una suerte de tipología de los diferentes modos contemporáneos de practicar en sede histórica la biografía de acuerdo con la consideración que el biógrafo dé al contexto o los condicionamientos sociales. Por su parte, Sabina Loriga comenta ejemplos pertenecientes al siglo XIX que testimonian que la biografía sirvió tanto para postular, a partir de una vida particular, tipos generales o medios o para demostrar el carácter irreductible de la singularidad de una existencia.

Como Dosse, Loriga se refiere, además, a la biografía como un género híbrido y heterogéneo desde sus orígenes, siempre “en equilibrio entre la verdad histórica y la verdad literaria” y que “sufrió profundas transformaciones a lo largo del tiempo”.²¹ Asimismo, señala razonablemente que es difícil establecer reglas generales sobre este género, y que si bien la narración lineal (del nacimiento a la muerte del biografado) es frecuente, no es la única forma en que se ha resuelto el relato biográfico.

Ambigüedad, mezcla, hibridez, impureza, porosidad, ambivalencia: se trata de un conjunto de características que permite advertir lo que llamo disponibilidad del género, y que se da en dos niveles complementarios. Por un lado, la biografía es un género disponible para diversos usos. Los más frecuentes son, por supuesto, el ejemplificador y el histórico. Pero estos usos tradicionales no agotan el género: las razones por las que se escribe una vida pueden ser muchísimas y en algunos casos insondables. En su investigación sobre la

¹⁹ Revel, Jacques, *Un momento historiográfico: trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, “La biografía como problema historiográfico”, p. 217.

²⁰ Momigliano, A., *op. cit.*, p. 22.

²¹ Loriga, S., *op. cit.*, p. 18. Traducción de PF.

producción biográfica en los Estados Unidos en el siglo XIX, Scott E. Casper informa, por ejemplo, que en ese período la biografía fue un frecuentadísimo instrumento en campañas electorales –mediante la denominada biografía de campaña o *campaign biography*, subgénero que aún hoy sobrevive– o para la promoción de diversos oficios, como los de mercader, artesano o zapatero.²² Pero también, la biografía es un género disponible en otro sentido: al menos en potencia, está abierta a la asimilación de múltiples discursos y procedimientos narrativos. Cualquier disciplina que aporte elementos para comprender o darle sentido a la vida humana y al pasado podrá tener su lugar en el género.²³ En esto son seguramente fundamentales las modas intelectuales. Si se piensa tan solo en discursos más o menos modernos, se puede constatar que el marxismo, el psicoanálisis o diferentes vertientes del discurso sociológico fueron asimilados más o menos exitosamente por el género.²⁴

Entonces, además de convocar variados discursos y múltiples procedimientos narrativos y argumentativos, la “relación de la vida de un hombre desde su nacimiento hasta su muerte” –reitero la definición de Momigliano– puede emprenderse por un variado abanico de razones. Y así como Levi habla de “los usos de la biografía” en el título de su artículo de 1989, un libro publicado posteriormente y consagrado a algunos de los problemas históricos, críticos y teóricos que plantea este género insiste desde el título –*Mapping Lives. The Uses of Biography*– en las diversas posibilidades de uso que este habilita. A propósito de esto, en las palabras introductorias los editores anuncian: “Nuestra preocupación no es solo la escritura de biografías, sus formas cambiantes y sus problemas recurrentes, sino las funciones para las que puede servir, y ha servido, en sociedades diferentes: sus *usos*”.²⁵

Es a partir de estas observaciones –y también de la lectura de los textos biográficos de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez– que considero que puede ha-

²² Casper, Scott E., *Constructing American Lives: Biography and Culture in Nineteenth-Century America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999. Al respecto, Casper menciona el libro *Lives of Distinguished Shoemakers*, publicado anónimamente en 1849. *Ibid.*, p. 93.

²³ Esta es una de las razones de que la biografía sea, tal como lo enuncia Beatriz Sarlo en un trabajo sobre el “voluntarismo biográfico” en Sarmiento, un “espacio privilegiado de condensación simbólica”. Sarlo, Beatriz, *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, “El voluntarismo biográfico”, p. 16.

²⁴ Sobre las relaciones entre sociología y biografía véanse Levi, G., *op. cit.* y Revel, J., *op. cit.* Leon Edel, autor de una monumental biografía de Henry James, cuando analiza los aportes que el psicoanálisis le ofrece al género refiere una cita de Sigmund Freud: “Una biografía [...] está justificada con dos condiciones: primera, si el sujeto ha participado en acontecimientos importantes de interés general; y, segunda, como un estudio psicológico”. Edel, Leon, *Vidas ajenas. Principia biographica*, trad. de Evangelina Nuño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 117. Sobre el interés de los historiadores marxistas en la biografía véase Momigliano, A., *op. cit.*, p. 16.

²⁵ France, Peter y William St Clair (eds.), *Mapping Lives. The Uses of Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2002, p. 4. Énfasis del original. Traducción de PF.

blarse de la biografía como un género apto para adecuarse a diversos usos: un género disponible. El subtítulo de este libro alude a que en los textos de estos tres biógrafos se manifiestan diversos usos de la biografía que no se agotan en los dos más tradicionales: escribir historia o proponer modelos de vida.

A esa versatilidad –a esa plasticidad para adaptarse a diversos usos– se debe seguramente el descontento frecuente que se advierte en varios biógrafos o teóricos del género. Por ejemplo, en su *Life of Samuel Johnson* (1791), un texto clave para el surgimiento de la biografía moderna, James Boswell cita esta afirmación hecha por su biografiado: “Pero con frecuencia la biografía fue asignada a escritores que parecen muy poco familiarizados con la naturaleza de su trabajo, o muy negligentes en cuanto a su ejecución”.²⁶ Asimismo, como se verá en el capítulo 1, en la entrada correspondiente a la palabra *biographie* de la *Encyclopédie nouvelle*, publicada a mediados del siglo XIX y dirigida por Pierre Leroux y Jean Reynaud, se postula la necesidad de hacer tabula rasa con la escritura biográfica, aun con Plutarco, y empezar desde cero.²⁷ Por su parte, en el prólogo a *Vidas imaginarias* (1896), Marcel Schwob embiste contra varios biógrafos célebres, entre los que no faltan ni Plutarco –“El buen genio de Plutarco a veces hizo de él un artista; pero no supo comprender la esencia de su arte, puesto que imaginó ‘paralelas’ ; como si dos hombres descritos exactamente con todos sus detalles pudiesen parecerse!” – ni James Boswell – “El sentimiento de lo individual se ha desarrollado más en los tiempos modernos. La obra de Boswell sería perfecta si no hubiese creído necesario citar la correspondencia de Johnson y hacer digresiones sobre sus libros” –.²⁸ En *Victorianos eminentes* (1918), Lytton Strachey sostiene: “El arte de la biografía conoce al parecer malos tiempos en Inglaterra. Hemos tenido, cierto es, unas pocas obras maestras; pero nunca hemos tenido una gran tradición biográfica como la francesa”.²⁹ Cierro esta enumeración con dos ejemplos más recientes del mismo impulso crítico y renovador. Giovanni Levi exhorta en el cierre de su artículo de 1989 a adoptar una “racionalidad selectiva” que podría transformar radicalmente la escritura de biografías.³⁰ A su vez, en un ensayo de 2002, Michael Holroyd profetiza:

²⁶ Boswell, James, *Life of Samuel Johnson*, Londres, Henry Washbourne, 1857, p. 3. Traducción de PF.

²⁷ Aicard, Jean, “Biographie”, en Leroux, Pierre y Jean Reynaud (dirs.), *Encyclopédie nouvelle: Dictionnaire philosophique, scientifique, littéraire et industriel, offrant le tableau des connaissances humaines au XIXe siècle. Par une société de savants et de littérateurs*, t. II, París, Librairie de Charles Gosselin, 1836, pp. 685 y 686.

²⁸ Schwob, Marcel, *Vidas imaginarias*, estudio preliminar y trad. de Julio Pérez Millán, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, pp. 8 y 9.

²⁹ Strachey, Lytton, *Victorianos eminentes*, trad., pról. y notas de Dámaso López García, Madrid, Valdemar, 1998, p. 26.

³⁰ Levi, G., *op. cit.*, p. 150.

Creo que en el futuro tendremos menos biografías que abarquen toda una vida, del nacimiento a la muerte, y más relatos selectivos que se centren en una relación particular, en un año de vida, de los que haya surgido alguna obra, o simplemente retratos en miniatura de gente que no fue famosa.³¹

Al tiempo que es un género perenne, la biografía parece destinada a producir frecuente insatisfacción. Y esto porque cada biografía debe imponer una idea general sobre la vida y su vínculo con la letra y, además, un relato parcial de una vida particular que no siempre podrán conformar a todos los lectores. De ahí los lamentos, las críticas o las propuestas superadoras. Asiduo lector de biografías de escritores y también autor de algunas, esta insatisfacción se registra a menudo en la obra de Borges. Por ejemplo, a propósito de “una reciente biografía de William Beckford”, anota en un texto de *Otras inquisiciones*:

No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de todos los momentos en que se imaginó las pirámides; otra, de su comercio con la noche y con las auroras. Lo anterior puede parecer meramente quimérico; desgraciadamente, no lo es. Nadie se resigna a escribir la biografía literaria de un escritor, la biografía militar de un soldado; todos prefieren la biografía genealógica, la biografía económica, la biografía psiquiátrica, la biografía quirúrgica, la biografía tipográfica. Setecientas páginas en octavo comprende cierta vida de Poe; el autor, fascinado por los cambios de domicilio, apenas logra rescatar un paréntesis para el Maelström y para la cosmogonía de *Eureka*. Otro ejemplo: esta curiosa revelación del prólogo de una biografía de Bolívar: “En este libro se habla tan escasamente de batallas como en el que el mismo autor escribió sobre Napoleón”. [...] En 1943 lo paradójico es una biografía de Miguel Ángel que tolere alguna mención de las obras de Miguel Ángel.³²

Pero ¿por qué debería escribirse tan solo “la biografía literaria de un escritor” o “la biografía militar de un soldado”? Como enseguida se verá, Plutarco proponía lo contrario: que no había que escribir solo la biografía militar de Alejandro Magno, sino, prioritariamente, una que hiciera foco en sus niñerías, sus ocurrencias o sus costumbres. Es decir –si se me permite el anacronismo–, Plutarco no habría censurado una biografía de Edgar Allan Poe que no se focalizara en su literatura pero sí, por ejemplo, en sus cambios de domicilio. Borges tiene en mente una determinada biografía de William Beckford y eso motiva su decepción ante las realmente existentes. Esas biografías no

³¹ Holroyd, M., *op. cit.*, p. 38.

³² Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, “Sobre el ‘Vathek’ de William Beckford”, p. 729.

le brindan la versión de la vida de Beckford que él había forjado y ofrece de manera sucinta en las páginas que le dedica. Entonces, cuando escribe sobre Beckford –o, por ejemplo, cuando, en la década de 1950, señala el fracaso de todas las biografías de Walt Whitman– lo hace asimismo contra sus biógrafos.³³ Las biografías genealógicas, económicas, psiquiátricas, quirúrgicas o tipográficas de un escritor son, a pesar del desprecio de Borges, tan legítimas como la literaria. El escritor colombiano Fernando Vallejo, en sus muy originales biografías de escritores –por ejemplo la de José Asunción Silva, en la que se detiene prolijamente en las vicisitudes de las finanzas de ese poeta–, lo ha demostrado.

Las múltiples biografías consagradas a un mismo individuo evidencian no solo el carácter inabarcable de una vida, sino también esa disponibilidad del género a la que me referí. A propósito de esta cuestión, Revel sostiene que la biografía es un género de “débil acumulatividad” y que ese rasgo explicaría en parte su éxito.³⁴ La insatisfacción o decepción que puede causar una biografía es ya prognosis y germen de la posible existencia de una nueva.

HISTORIA Y BIOGRAFÍA: UNA RELACIÓN CONTENCIOSA

Las primeras apariciones del término biografía –del griego βιογραφία– se registraron en inglés en el siglo xvii y en francés en el siglo xviii.³⁵ De todos modos, si por biografía se entiende sencillamente el relato de la vida de un individuo que realmente existió, puede afirmarse que el género se viene practicando desde muchos siglos antes de que se acuñara el término.

Si bien, como lo demostró Momigliano, hubo escritura biográfica antes de Plutarco (siglo i d. C.), sus *Vidas paralelas* son el punto de partida de quienes se ocuparon de hacer la historia del género. En el siglo xviii, James Boswell llamó a Plutarco “el príncipe de los antiguos biógrafos”, sin aclarar cuál era el rey.³⁶ “Sus trabajos serán el modelo a partir del cual cristalizará el género biográfico como un género específico”, afirma Dosse.³⁷ Al respecto, en ra-

³³ Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, “Nota sobre Walt Whitman”, p. 250.

³⁴ Revel, J., *op. cit.*, p. 217. Asegura, además, Revel: “Cada ocasión –las más de las veces un aniversario y las conmemoraciones que suscita– provoca un ramo de biografías más o menos concurrentes y que, salvo excepciones, ninguna se impone definitivamente a las otras, ni en el mercado historiográfico ni en el mercado editorial: la multiplicación de las obras consagradas a Carlos V para el quinto centenario de su nacimiento, en 2000, entre muchos otros posibles, es un buen ejemplo de eso”. *Ibid.* Habría que decir al respecto que un objetivo de toda biografía es anular o atenuar la importancia de las que existían previamente.

³⁵ May, Georges, *L'autobiographie*, París, Presses Universitaires de France, 1979, p. 155.

³⁶ Boswell, J., *op. cit.*, p. 3. Traducción de PF.

³⁷ Dosse, F., *op. cit.*, p. 126.

zón de la carga de información que ofrece, la cita de Plutarco más transitada por quienes se interesaron en el género –y entre ellos el mismo Boswell– es el párrafo que inicia su vida de Alejandro Magno:

Habiéndonos propuesto escribir en este libro la vida de Alejandro y la de César [...], por la muchedumbre de hazañas de uno y otro, una sola cosa advertimos y rogamos a los lectores, y es que si no las referimos todas, ni aun nos detenemos con demasiada prolijidad en cada una de las más celebradas, sino que cortamos y suprimimos una gran parte, no por esto nos censuren y reprendan. Porque no escribimos historias sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirven más para probar las costumbres, que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por tanto, así como los pintores toman, para retratar las semejanzas del rostro, aquellas facciones en que más se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demás, de la misma manera debe a nosotros concedérsenos el que atendamos más a los indicios del ánimo y que por ellos dibujemos la vida de cada uno, dejando a otros los hechos de grande aparato y los combates.³⁸

Aquí Plutarco deslinda la escritura de vidas de la escritura histórica; ese deslinde involucra una partición de materiales que se vincula directamente al que, para este biógrafo, es el primer objetivo de la narración de una vida: exponer ejemplos de virtud o de vicio. En los comienzos del género se verifica así la necesidad de establecer una diferencia entre historia y biografía que implica tanto qué se narra como por qué se lo narra. El porqué alude aquí a una utilidad específica del texto biográfico: las vidas proponen ejemplos a los que el lector deberá admirar o rechazar. Otro estudioso de la biografía, Alan Shelston, asegura que las pretensiones de “instrucción moral” perduraron desde Plutarco no solo en las múltiples hagiografías escritas durante la Edad Media, sino, de manera más general, por lo menos –aunque el límite no es definitivo– hasta el siglo xix.³⁹ El uso hagiográfico o ejemplar de la biografía persiste por consiguiente al menos desde el siglo i. En todo caso, lo que varió a lo largo de los siglos fueron las credenciales necesarias para la canonización: por qué se debe admirar y aun imitar una vida.

³⁸ Plutarco, “Alejandro”, *Vidas paralelas*, vol. iii, trad. directa del griego de Antonio Ranz Romanillos y pról. de Emiliano M. Aguilera, Barcelona, Editorial Iberia, 1979, p. 295.

³⁹ Shelston, Alan, *Biography*, Londres, Methuen, 1977. Shelston, que se maneja casi únicamente con textos ingleses, da como ejemplos de esto la llamada “biografía victoriana” o los “tomos de piedad filial” de los que se mofó Lytton Strachey a comienzos del siglo xx al caracterizarlos como parte del servicio fúnebre que se le ofrece a un muerto. *Ibid.*, p. 6. Traducción de PF.

Pero el deslinde entre biografía e historia que se establece en “Alejandro” tuvo una prédica relativa. Cuando el mismo Dosse, en las páginas que le dedica a Plutarco, afirma que “la vocación universalizante de la biografía es la de ser, según la definición de Cicerón, una maestra de vida, *Magistra Vitae*”, se refiere a una frase de *De Oratore* que alude no a la biografía sino a la historia.⁴⁰ Además, el distingo entre historia y biografía no será tal en siglos posteriores. Momigliano, quien además sostiene que ese distingo fue primero propuesto por Polibio y que Plutarco solo lo ratificó, explica que en los siglos XVI, XVII y XVIII era “bastante aceptado” el reconocimiento de la biografía como un modo posible de la escritura histórica.⁴¹

Las vidas de Plutarco fueron leídas, en efecto, como literatura histórica. Así lo informa, por ejemplo, José Luis Romero en “La biografía como tipo historiográfico”, un artículo en el que menciona un pasaje del ensayo “De los libros” en el que Montaigne, al manifestar su gusto por los historiadores, consigna su interés en Plutarco. Romero, además, señala que, pese a que no le faltaron adhesiones a lo largo de los siglos, la distinción entre biografía e historia

[...] se desvanece si reparamos en que la actitud del hombre ante el pasado se ha expresado siempre de un modo diverso, sin que por eso se deje de coincidir en lo esencial de esa actitud. Y, en efecto, si partimos de esa actitud, advertimos que la biografía adquiere legitimidad como forma historiográfica definida y solo parece establecer su sitio dentro del cuadro de las formas en que se expresa la intelección del pasado.⁴²

La biografía es para Romero parte de los tres tipos historiográficos que se focalizan en “los agentes del devenir histórico”: mientras los dos primeros privilegian como agentes a la comunidad y la humanidad, el tercero, cuya realización textual sería la biografía, considera al individuo como “sujeto del devenir histórico”. Publicado en 1944, este trabajo de todos modos no se limita a resolver de una vez el problema de la tensión entre la biografía y la historia, sino que la periodiza mediante un recorrido por las altas y bajas que desde la Antigüedad sufrió el género como herramienta para el conocimiento del pasado. Demostrar convincentemente que la biografía puede o debe ser considerada como un modo legítimo de acercamiento a la historia no implica afirmar que ese convencimiento gozó siempre de aprobación.

Son varios los autores que aseguran que durante el siglo XIX –es decir, el siglo de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez– el género no fue bien recibido en sede histórica. Momigliano, por ejemplo, señala que en un siglo durante el cual

[...] la historia universal era interpretada como el desarrollo de las ideas o de las formas de producción, ¿qué podía importar el relato de la vida de un individuo? Incluso un historiador sensible y experimentado como Johann Gustav Droysen encontró difícil rescatar la biografía.⁴³

Sobre esta misma cuestión, Loriga asegura que “desde fines del siglo XVIII, los historiadores se desviaron de las acciones y los sufrimientos de los individuos, para dedicarse a descubrir el proceso invisible de la historia universal”.⁴⁴ El estudio de Loriga parte de la certeza de que desde fines del XVIII, durante todo el XIX y aun en el XX se produjo una “desertificación del pasado” y que en ese período muy pocos autores –y en especial aquellos a los que les dedica los capítulos centrales de su libro: Thomas Carlyle, Wilhelm von Humboldt, Wilhelm Dilthey, Jacob Burckhardt, Liev Tolstói– se esforzaron por “salvaguardar la dimensión individual de la historia”.⁴⁵

Loriga señala en principio que, hasta fines del XVIII, la frontera entre biografía e historia fue porosa aunque también conflictiva, pero que desde entonces, cuando el pensamiento histórico cambia drásticamente, esa frontera se vuelve más estricta por “el impulso de tres fuerzas muy diferentes que hacen de la totalidad la categoría explicativa del devenir histórico”.⁴⁶ La primera de esas fuerzas es de orden político y encarna en la noción de pueblo. Frente a la postulación del pueblo como sujeto social y “héroe colectivo”, la historia biográfica pasó a ser vista como contraria a los anhelos de igualdad y fraternidad: una historia elitista, casi despótica o producto del despotismo, en palabras de Edgar Quinet que cita Loriga.⁴⁷ La segunda es de orden filosófico: la influencia en la historiografía de filosofías que proponen una visión determinista o teleológica de la historia, por ejemplo las de Fichte o Hegel, y que desplazan hacia a un margen al individuo, que pasa a ser un instrumento de la razón o de las leyes de la historia. Finalmente, la tercera fuerza proviene de la ciencia: Loriga explica que la aparición de nuevas disciplinas tales como la sociología o la demografía, que aspiraban a tener un “estatuto científico incontestable”, hizo que los historiadores empezaran a prestar más atención al individuo promedio y desecharan cualquier impulso a enfocarse en el individuo singular, único.⁴⁸

Dosse describe un escenario más complejo. Según él, durante el siglo XIX universitarios e historiadores eruditos abandonaron el género, interesados, para decirlo con los términos de Romero, en tipos historiográficos que no

⁴⁰ Dosse, F., *op. cit.*, p. 127.

⁴¹ Momigliano, A., *op. cit.*, p. 12.

⁴² Romero, José Luis, *La vida histórica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, “La biografía como problema historiográfico”, p. 105.

⁴³ Momigliano, A., *op. cit.*, p. 12.

⁴⁴ Loriga, S., *op. cit.*, p. 9.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 39.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 43.

hacían foco en el individuo. Simultáneamente, la biografía gozó de excelente salud “en el discurso escolar y en las publicaciones llamadas populares”.⁴⁹ Para Dosse, fue en el siglo XIX cuando adquirió definitiva fuerza la idea de que la biografía es, como también lo consigna Romero, “una forma popular o subsidiaria” de la historia.⁵⁰ Una idea que, como se verá en el primer capítulo, fue decisiva en el interés de Sarmiento en este género.⁵¹

Revel explica que hasta el siglo XVIII la concepción de la historia como *magistra vitae* permitió relaciones más o menos fluidas entre historia y biografía, pero que con el cambio del régimen de historicidad a fines de ese siglo esa relación cambió de modo drástico. Ese régimen impedía “plantear que una vida es inmediatamente ejemplar para todos los tiempos a través de los hechos y las enseñanzas que propone”.⁵² De todos modos, asegura que eso no significó que los historiadores abandonaran la biografía, sino que pasaron a escribirlas desde otra perspectiva, encuadrándolas en otro marco de referencias.

Las conclusiones sobre el lugar de la biografía en el siglo XIX no son, por lo tanto, uniformes. Todos estos autores –Momigliano, Dosse, Loriga, Revel– coinciden, sin embargo, en que la mirada de la historia hacia la biografía ya no fue la misma desde entonces. El siglo XIX evidencia a grandes rasgos una crispación de la tirantez entre biografía e historia como consecuencia de la transformación del pensamiento historiográfico producida a fines del siglo XVIII. En sede histórica, el género es mirado con cierto desdén, lo que no implica que haya sido abandonado ni mucho menos. Al mismo tiempo, goza de un desarrollo importantísimo como instrumento eficaz para la difusión de la historia: para hacerla accesible a públicos amplios. “La historia es la

⁴⁹ Dosse, F., *op. cit.*, p. 181.

⁵⁰ Romero, J. L., *op. cit.*, p. 105.

⁵¹ Algo similar propone Ann Jefferson, quien de todos modos considera el siglo XIX como “el siglo de la biografía”. Jefferson, Ann, *Biography and the Question of Literature in France*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 83. Para Jefferson, el siglo XIX “fue, de muchas maneras, el siglo en el cual la moderna escritura biográfica se convirtió en un fenómeno cultural generalizado y a menudo monumental”. *Ibid.*, p. 83. Mientras que en Inglaterra la popularidad del género se realiza bajo la forma de biografías que ocupan uno o varios tomos, en Francia las formas biográficas preferidas son modulaciones más breves publicadas en la prensa, en enciclopedias o en diccionarios biográficos. *Ibid.*

⁵² Revel, J., *op. cit.*, p. 221. Reinhart Koselleck analizó la ruptura epistemológica en el pensamiento histórico que se hace evidente a fines del siglo XVIII. Se trata, dicho sintéticamente, del “descubrimiento de un tiempo específicamente histórico”. Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 59. Es entonces cuando se produce un complementario vaciamiento de sentido del *topos*, proveniente de la Antigüedad clásica, de la *historia magistra vitae*. De este modo, la historia deja de ser una fuente de ejemplos: “[...] pueblos y gobiernos no han aprendido nunca nada de la historia y nunca han actuado después de aprender lo que podían haber concluido de ella”, aseguró Hegel. Citado por Koselleck, R., *op. cit.*, p. 60. Fue en la segunda mitad del siglo XVIII cuando se empezó a hablar de la historia en singular, “de la historia en absoluto, de la historia misma”, en vez de hacerse referencia a historias en plural, siempre asociadas a las peripecias de uno u otro individuo ejemplar. *Ibid.*, p. 52.

esencia de innumerables biografías”, afirmó en 1830 Thomas Carlyle, autor de algunas biografías y de un libro célebre sobre los héroes y el heroísmo.⁵³ “La biografía recién llegó a la adultez y a ser ampliamente prolífica en el siglo XIX”, dirá un siglo después Virginia Woolf.⁵⁴ Parafraseando al narrador de *A Tale of Two Cities*, podría decirse que ese siglo fue para la biografía el mejor y el peor de los tiempos. En los textos de los tres autores de los que me ocupó aquí ese panorama exasperado y a la vez productivo respecto de las relaciones entre biografía e historia se advierte una y otra vez.

En el artículo de 1989 que mencioné, Giovanni Levi describe un escenario diverso para esas relaciones en el tramo final del siglo XX.⁵⁵ Su trabajo, que se publicó en un número de *Annales* dedicado a la relación entre historia y ciencias sociales, se inicia con una cita de Raymond Queneau, quien afirmó que hubo épocas en las que era posible contar la vida de un individuo haciendo abstracción de todo hecho histórico. A esto Levi agrega que también hubo épocas en las que era posible relatar un hecho histórico haciendo abstracción de todo destino individual y que esas épocas no estaban muy lejanas del momento en que escribía esas páginas. Para Levi, sin embargo,

[...] vivimos hoy [1989] una fase intermedia: más que nunca, la biografía se encuentra en el corazón de las preocupaciones de los historiadores, pero muestran claramente sus ambigüedades. En ciertos casos, se recurre a ella con el fin de subrayar la irreductibilidad de los individuos y de sus comportamientos a sistemas normativos generales, en el nombre de la experiencia vivida; en otros casos, sin embargo, es percibida como el lugar ideal donde probar la validez de hipótesis científicas acerca de las prácticas y al funcionamiento efectivo de leyes y de reglas sociales.⁵⁶

Levi presenta, así, un panorama en el que la biografía reingresa a la práctica historiográfica en el último tercio del siglo XX. Un panorama que, desde en-

⁵³ Carlyle, Thomas, *Historical Essays*, editados por Chris Ramon Vanden Bossche, Los Ángeles, University of California Press, 2003, “On History”, p. 5. Traducción de PF.

⁵⁴ Woolf, Virginia, *La muerte de la polilla y otros ensayos*, trad. de Teresa Arijón, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2012, “El arte de la biografía”, p. 201.

⁵⁵ Ese mismo año se publicaron al menos otros dos textos fundamentales que informan ese resurgimiento del interés por la biografía entre los historiadores: Le Goff, Jacques, “Comment écrire une biographie historique aujourd’hui?”, *Le Débat*, N° 54, 1989, pp. 48-53, y Ferro, Marc, “La biographie, cette handicapée de l’histoire”, *Magazine Littéraire*, N° 164, abril de 1989, pp. 85 y 86. Al respecto véase Bruno, Paula, “Biografía, historia biográfica, biografía-problema”, *Prismas*, vol. 20, N° 2, 2016, pp. 267-272. Le Goff asegura en ese artículo: “En la historiografía actual, especialmente en Francia, la moda está en los retornos: retorno de la narración, retorno del acontecimiento, retorno de la historia política. Uno de estos retornos es particularmente prolífico: el de la biografía. Las biografías invaden los catálogos de las editoriales, los escaparates de las librerías, bibliotecas públicas y privadas”. Le Goff, J., *op. cit.*, p. 48. Traducción de PF.

⁵⁶ Levi, G., *op. cit.*, p. 139.

tonces, se fue consolidando de manera tal que en la actualidad se habla aun de la existencia de un “giro biográfico”.⁵⁷ De él resultan no solo la escritura de biografías por parte de los historiadores sino además indagaciones sobre el género como las de Dosse o Loriga –indagaciones que son también periodizaciones de usos y formas– a las que recurro en este libro.⁵⁸

EL ARTIFICIO BIOGRÁFICO

¿Es posible contar una vida? No, por supuesto, contarla completamente. Por más exhaustiva que se pretenda, cualquier biografía será siempre parcial y fragmentaria y nunca total o definitiva –dos palabras que, no obstante, la industria editorial usa una y otra vez para promocionar la aparición de nuevas biografías–. Y esto no solo porque es imposible saber todo lo que le sucedió a una persona, sino porque, de poder saberlo, sería imposible contarlo. Sobre esa inevitable operación de selección y montaje que todo biógrafo debe realizar, Borges concluye:

⁵⁷ Renders, Hans, Binne De Haan y Jonne Harmsma (eds.), *The Biographical Turn. Lives in History*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017.

⁵⁸ El trabajo de Revel se inicia con la verificación de la “buena salud” de la que goza la biografía histórica en Francia –Revel ofrece datos del año 2000– y de que de ese fenómeno editorial forman parte muchos textos escritos por “historiadores profesionales”. Revel, J., *op. cit.*, p. 219. En coincidencia con esto, Jacques Rancière asegura: “La biografía está de regreso en la ciencia histórica. Después de un largo período de sospecha iniciado por la escuela de los Annales, los historiadores científicos le hacen justicia de nuevo y, durante los últimos treinta años, un buen número de ellos le ha consagrado su energía”. Rancière, Jacques, *Política de la literatura*, trad. de Marcelo Burello, Lucía Vogelfang y Jorge Caputo, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2011, “El historiador, la literatura y el género biográfico”, p. 247. A nivel local, este regreso se advierte por ejemplo en la colección “Biografías argentinas” de editorial Edhasa, que desde 2011 lleva publicadas, entre otras, las biografías de Mariquita Sánchez, Juan José Castelli, Vicente y Ernesto Quesada, Bernardino Rivadavia y José Ingenieros, escritas todas por investigadores provenientes de la academia, en especial del campo de la historia. Uno de los directores de esa colección, Juan Suriano, en un artículo de presentación cita los trabajos de Levi y de Revel y se refiere al renacimiento que el género vivió desde fines de la década de 1970, luego de un período en el que “era un género marginal y escasamente prestigiado en el campo de la historiografía académica, especialmente de la Europa continental pues los historiadores anglosajones nunca abandonaron del todo su afición por la importancia de las acciones de los individuos y de la narrativa biográfica”. Suriano, Juan, “La biografía como género histórico”, *Ñ, Revista de Cultura*, 24 de agosto de 2011. Al menos tres trabajos de la historiadora Paula Bruno –*Paul Groussac: un estratega intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005; *Pioneros culturales de la Argentina: biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011; y *Martín García Merou. Vida intelectual y diplomática en las Américas*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2019– ofrecen también testimonio del interés de los historiadores argentinos por la biografía. Se trata de un interés que se advierte, además, en sede literaria. Como ejemplo de esto último véanse Avaro, Nora, Judith Podlubne y Julia Musitano (comps.), *Un arte vulnerable. La biografía como forma*, Rosario, Nube Negra, 2018 o Szurmuk, Mónica, *La vocación desmesurada. Una biografía de Alberto Gerchunoff*, Buenos Aires, Sudamericana, 2018.

Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y tan simplificada la historia, que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido, y casi infinito, de biografías de un hombre, que destacan hechos independientes y de las que tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo. Simplifiquemos desafortadamente una vida: imaginemos que la integran trece mil hechos. Una de las hipotéticas biografías registraría la serie 11, 22, 33...; otra, la serie 9, 13, 17, 21...; otra, la serie 3, 12, 21, 30, 39...⁵⁹

En la misma línea, el párrafo inicial de “Alejandro” que transcribí antes alerta acerca de qué hechos podrán encontrarse en ese texto y cuáles escasearán. Puede decirse entonces que desde Plutarco, quien formula una poética del género, este no ha escamoteado –al menos no siempre– su carácter de artificio, de construcción: las operaciones de escritura –de ficcionalización– que le son inherentes. Porque si la biografía es historia –o, con más precisión, porque es historia– es, también, literatura. Al respecto, Levi apunta que la biografía “constituye, en efecto, la vía privilegiada por la cual los cuestionamientos y las técnicas propios de la literatura se llevan a la historiografía”.⁶⁰ La biografía es –como la historia según Hayden White– también un “artefacto literario”.⁶¹

A propósito de esta cuestión, Pierre Bourdieu realizó en “La ilusión biográfica”, un texto de mediados de la década de 1980, una sagaz recusación de las formas corrientes del género:

Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir, como la narración coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, tal vez sea someterse a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia, que toda una tradición literaria no ha dejado ni deja de reforzar.⁶²

Esta preocupación de Bourdieu surge de la verificación de la influencia perniciosa de ciertos denominadores comunes del discurso biográfico tradicional –principalmente, las nociones de coherencia y continuidad de la vida– en la encuesta sociológica o etnográfica. Sin embargo, al tiempo que deposita en la tradición literaria la responsabilidad por el apuntalamiento de estos vicios biográficos, también señala que fue la misma literatura –y los ejemplos que

⁵⁹ Borges, J. L., “Sobre el ‘Vathek’...”, *op. cit.*, p. 729.

⁶⁰ Levi, G., *op. cit.*, p. 140.

⁶¹ White, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario*, introducción de Verónica Tozzi, trad. de Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino, Barcelona, Paidós, 2003.

⁶² Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1997, “La ilusión biográfica”, p. 76.

aporta son tan diversos como Shakespeare, Faulkner y el *nouveau roman*—la que se encargó de poner en crisis la concepción de “la vida como existencia dotada de sentido, en el doble sentido de significado y de dirección”.⁶³ Señalamientos más o menos similares sobre la literatura aparecen en Levi, Revel, Loriga y Dosse; todos ellos coinciden en que ciertos autores —y los ejemplos que ofrecen son Dostoievski, Tolstói, Joyce, Proust, Musil, pero también otros más lejanos como *Tristram Shandy*, de Sterne, o *Jacques el fatalista*, de Diderot— realizaron en sus textos fuertes cuestionamientos a “la confianza en la coherencia del yo” y a “la hipótesis de la continuidad de las trayectorias biográficas”.⁶⁴

En los análisis de las biografías escritas por Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez que propongo en las próximas páginas no me interesa insistir en la índole literaria —artificial, ficcional— de esos textos: esta índole será un *a priori* para emprender su estudio. Tampoco es mi propósito señalar cómo en esas biografías se hacen presentes diferentes variantes de esos vicios que llevan a Bourdieu a considerar el carácter ilusorio de la apuesta biográfica. Si resulta entonces difícil negar la artificialidad de la escritura histórica —su carácter de artefacto—, esto permitirá no tanto insistir en denunciar el carácter literario de las biografías que analizo sino leerlas con las herramientas que aportan la crítica y la teoría literarias para analizar ficciones narrativas sin que sea necesario argüir en demasía sobre esta opción: leerlas como literatura biográfica. Preferiré por ello detenerme en los procedimientos que, en cada caso, permiten que la “ilusión biográfica” sea posible; también, en cuáles son las razones o las excusas que llevaron a cada uno a emprender esa tarea de escritura. Efectivamente, Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez escriben convencidos de que es posible aprehender el sentido de una vida: la idea ilusoria de que el biógrafo puede comprender una vida y, mediante la escritura, comunicar esa comprensión. Pero ¿por qué estos biógrafos le otorgan un sentido y no otro a las vidas sobre las que escriben? ¿Por qué narraron esas vidas del modo en que lo hicieron? Y, además, ¿por qué esas vidas y no otras? ¿En función de qué necesidades o intereses? ¿Para qué usaron esas vidas? Estos interrogantes son algunos de los que orientan la exploración de la obra biográfica de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez.

En un ensayo sobre la película *Le tombeau d’Alexandre*, de Chris Marker —un documental en el que se reconstruye la vida del director de cine Aleksandr Medvedkin— Jacques Rancière pone en crisis la diferencia entre filme documental y filme de ficción: en ambos —asegura— está operando un mismo trabajo de ficcionalización. Al respecto, aclara que no usa la palabra “ficción” en el sentido más corriente de “fingir”, sino en el de “forjar”: “la construcción, por medios artísticos, de un ‘sistema’ de acciones represen-

tadas, de formas ensambladas, de signos que se responden”.⁶⁵ Por mi parte, es en este sentido que entenderé prioritariamente el trabajo de ficcionalización que realizaron Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez al encarar la escritura de diversas vidas. No se trata de que estos biógrafos les inventen una vida a sus biografiados —de que les adjudiquen, por uno u otro motivo, hechos que no vivieron o palabras que no pronunciaron o escribieron—, sino de que a partir de lo que saben de esas vidas construyen ficciones que involucran esa labor de forjamiento. Por esto mismo tampoco es mi propósito inquirir en qué imprecisiones o errores incurrieron estos biógrafos.

El vínculo entre literatura y biografía importa asimismo no solo por el carácter del texto biográfico como artefacto literario, sino también por otra cuestión: la importancia que, por lo menos desde fines del siglo xvi, ha tenido un tipo especial de biografía —la biografía de escritor, también llamada biografía literaria— en la consolidación del modo en que aún hoy entendemos el concepto de autor. Este es, además, otro uso de la biografía.

Sí, por un lado, la conferencia de Michel Foucault “¿Qué es un autor?” es por lo general ubicada, a menudo asociándola a un texto contemporáneo de Roland Barthes, en una serie vinculada con la denominada “muerte del autor”, también estimuló una fecunda interrogación acerca de la construcción de la autoría, y es en ese sentido donde radica, quizá, su mayor productividad.⁶⁶ Antes que ayudar a liquidar al autor, esta conferencia permitió advertir que durante muchos siglos y todavía en la actualidad importó —y mucho— saber quién habla o escribe.

Esa productividad de la conferencia de Foucault se evidencia, por ejemplo, en estudios sobre la relación entre el género biográfico y las nociones modernas de obra y autor, entre ellos, los de Kevin Pask, Julian North y Ann Jefferson.⁶⁷ Dedicados respectivamente a las literaturas inglesa (los dos primeros) y francesa (el segundo), todos ellos coinciden en que al menos desde el siglo xvi la biografía de escritor se constituyó en un dispositivo central para la emergencia de la noción moderna de autor, diferente del *auctor* medieval.⁶⁸ En este sentido, en el entramado recurrente de vida y obra, la biogra-

⁶⁵ Rancière, Jacques, *La fábula cinematográfica*, trad. de Carles Roche Suárez, Barcelona, Paidós, 2005, “La ficción documental: Marker y la ficción de la memoria”, p. 182.

⁶⁶ Foucault, Michel, *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2010. El texto de Barthes al que hago referencia es Barthes, Roland, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987, “La muerte del autor”, pp. 65-71.

⁶⁷ Pask, Kevin, *The Emergence of the English Author: Scripting the Life of the Poet in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; North, Julian, *The Domestication of Genius: Biography and the Romantic Poet*, Oxford, Oxford University Press, 2009; y Jefferson, A., *op. cit.*

⁶⁸ Para Francia, Jefferson menciona el caso de Pierre de Ronsard, cuya obra fue publicada póstumamente en 1587 acompañada por una *Vie de Pierre de Ronsard* escrita por Claude Binet; y, ya en el siglo xvii y comienzos del xviii, los casos de Blaise Pascal o Jean Racine, de quienes la hermana y el hijo, respectivamente, escribieron las vidas-prefacios que encabezaron las primeras ediciones

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ Revel, J., *op. cit.*, p. 222.

fa de escritor tiene una función definitiva, ya que desde sus comienzos se constituyó en un umbral para el ingreso a la obra, algo que se verifica materialmente en que, a menudo, el lugar de la biografía del escritor era, y sigue siendo, la instancia prologal de la edición de obras completas o escogidas.⁶⁹

La biografía literaria permite, además, plantear ciertas cuestiones acerca de la propiedad del escritor sobre su vida y su obra. En ciertos casos como los de Chaucer o Shakespeare en los que la autorización del escritor se produce luego de su muerte, el biógrafo se apropia sin resistencia de una vida y de una obra. En otros, por el contrario, se produce un tironeo entre escritor y biógrafo. Sobre esto, resulta esclarecedor el libro de Julian North, en especial cuando reconstruye cuál fue la reacción de algunos poetas románticos a comienzos del siglo XIX ante esa suerte de democratización del acceso a las vidas de escritores que el modelo johnsoniano –como biógrafo, en su *Lives of the Most Eminent English Poets*, pero también como célebre biografiado– había establecido.⁷⁰

Pero además, como también la autobiografía desde, al menos, *Las confesiones* de Rousseau, la biografía de un autor serviría no solo para proveer un marco interpretativo para sus textos, sino también para dar a conocer la literatura no escrita pero sí vivida por ese autor. De este modo, la fórmula vida y obra se trasmutaría en la idea de que la vida es parte de la obra o de que una vida es también una obra. En otras palabras: que vida y obra se funden o confunden.

Tanto en Inglaterra como en Francia, en el siglo XIX las vidas de escritores fueron un subgénero frecuentadísimo. En gran medida, esa frecuentación se explica porque ese siglo fue testigo del auge de la crítica literaria biográfica, cuya estrella –en Francia y también más allá de sus fronteras– fue Charles Augustin Sainte-Beuve. En efecto, si bien Sainte-Beuve no fue el último

de sus obras reunidas. Jefferson, A., *op. cit.*, p. 35. En Inglaterra, según Pask, el fenómeno se habría iniciado durante el siglo XVI con algunos textos biográficos consagrados a Geoffrey Chaucer. Pask, K., *op. cit.*, pp. 9-52. En Italia habría ocurrido más tempranamente con las vidas de Petrarca y de Dante que escribió Giovanni Boccaccio en la segunda mitad del siglo XIV. McLaughlin, Martin, “Biography and Autobiography in the Italian Renaissance”, en France, P. y W. St Clair, *Mapping Lives...*, *op. cit.*, pp. 46-57.

⁶⁹ Andrew Nash retoma el estudio de Pask y señala que las ediciones de las obras de Chaucer de 1598 y 1602 resultan “momentos fundacionales en la historia de las obras reunidas y marcan el inicio del concepto de obra impresa que tanto determina nuestro sentido moderno de autor”. Además, agrega que esas ediciones “representan la primera vez que un autor inglés merece el lujo de un aparato textual y establecen la convención de que las obras reunidas aparezcan prologadas por una biografía del poeta”. Nash, Andrew (ed.), *The Culture of Collected Editions*, Londres, Palgrave Macmillan, 2003, p. 2. Traducción de PF.

⁷⁰ Véase North, J., *The Domestication...*, *op. cit.*, “Contested Property: Coleridge, Wordsworth, and the Resistance to Biography, 1810-1816”, pp. 31-43. Holroyd señala que muchos escritores destruyen papeles personales para entorpecer el trabajo a los biógrafos y así poder controlar su “inmortalidad literaria”. Holroyd, M., *op. cit.*, p. 58.

practicante asiduo y celebrado de la crítica biográfica (podría mencionarse, entre otros, a Hippolyte Taine), me detengo en él porque, con lo dicho, quedan delineados cuáles son los problemas que presenta el subgénero biografía de escritor, al que volveré, en el capítulo 4, a propósito de la producción biográfica de Juan María Gutiérrez. Por lo demás, Sainte-Beuve será quien quede más notoriamente asociado con la modulación biografista de la crítica literaria que entró en crisis en las primeras décadas del siglo XX tanto en sede literaria como en sede crítica. El póstumo *Contra Sainte-Beuve*, de Marcel Proust, escrito en la primera década del siglo XX, es casi siempre señalado como uno de los primeros ataques virulentos a la relación directa entre biografía e interpretación del texto literario.⁷¹

LO ESTRICTAMENTE BIOGRÁFICO

En el fragmento de “Alejandro” que cité, Plutarco reclama para la biografía unos materiales que no serían prioritarios para la historia. De los múltiples hechos que componen una vida, la biografía debe priorizar los sucesos menores, lo silencioso o silenciado. Plutarco no sostiene que una biografía deba prescindir del relato de grandes hazañas, pero sí que estas podrán tener un lugar marginal respecto del que se les otorgará a “un hecho de un momento”, “un dicho agudo” o “una niñería”. Y es en esos hechos menores donde el biógrafo cifrará aquello por lo cual quiere relatar una vida.

Casi dos milenios después, en el prefacio a *Victorianos eminentes*, Strachey escribe:

Espero, no obstante, que las páginas que siguen tengan algún interés, no solo en cuanto al aspecto estrictamente biográfico, sino también desde un punto de vista histórico. Los seres humanos son demasiado importantes como para ser tratados como meros síntomas del pasado.⁷²

⁷¹ En el siglo XIX la lectura de una obra literaria en clave biográfica ya había tenido algunos detractores entre los escritores, como por ejemplo Flaubert o Mallarmé. Al respecto, véanse Jefferson, A., *op. cit.*, y Barthes, R., *op. cit.* En sede teórica fue en especial el llamado “formalismo ruso” el que, en las primeras décadas del siglo XX, se opuso en principio a ese tipo de lecturas. Véase al respecto un artículo retrospectivo en el que Boris Eichenbaum cita un trabajo en el que Roman Jakobson se refiere con desprecio a los historiadores de la literatura que se comportan “como un policía que, proponiéndose detener a alguien, hubiera echado mano, al azar, de todo lo que encontró en la habitación y aún de la gente que pasaba por la calle vecina. Los historiadores de la literatura utilizaban todo: la vida personal, la psicología, la política, la filosofía”. Eichenbaum, Boris, “La teoría del ‘método formal’”, en Todorov, Tzvetan (ed.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 37. Para una revisión del interés del formalismo en lo biográfico véase Pyman, Avril, “Yury Tynyanov and the ‘Literary Fact’”, en France, P. y W. St Clair, *Mapping Lives...*, *op. cit.*, pp. 46-57.

⁷² Strachey, L. *op. cit.*, pp. 25 y 26.

¿Pero qué sería lo estrictamente biográfico? Se trata, en principio, de algo que se define por la negativa: lo estrictamente biográfico es, según se desprende de la cita, aquello que no es mero síntoma del pasado. La explicación que luego ofrece Strachey no aporta demasiadas precisiones; pero tampoco es difícil suponer que se está refiriendo al interés del biógrafo por esos materiales que varios siglos antes había reivindicado Plutarco. Por supuesto, hoy ya no es posible considerar la historia en los términos en que lo hacen Plutarco y Strachey: como una disciplina que se preocupa solo por inquirir las hazañas más celebradas. De todos modos, sí es posible razonar que en una biografía no deben faltar esos materiales a los que ambos parecen aludir.

Alan Shelston sostiene que existen dos intereses principales que explican la perseverante atracción de los lectores por la biografía: “nuestra curiosidad por la personalidad humana” y el deseo de saber “qué pasó exactamente”.⁷³ En relación con el primero, concluye que los lectores de biografías tienen mucho de *voyeurs*: son –asegura– como el personaje Peeping Tom de la leyenda sobre Lady Godiva.⁷⁴ Además, respecto de esos dos intereses cita textos de John Dryden –biógrafo y traductor de Plutarco al inglés del siglo XVII– y de Samuel Johnson –que escribió en el siglo XVIII– que manifiestan la relevancia que en la escritura biográfica debería tener la exposición prolija de los “detalles mínimos de la vida cotidiana”, según la formulación del segundo.⁷⁵ Y esto porque, más allá de las razones esgrimidas por cada biógrafo para justificar su utilización, son en especial esos materiales los que el lector *voyeur* o el que anhela saber “qué pasó exactamente” pretende que una biografía le ofrezca. Asimismo, menciona que una opinión frecuente fue que ese tipo de información –es decir, aquella que reporta lo ínfimo de una vida singular– no hallaba lugar, o no resultaba adecuada, en otras formas de intelección del pasado.

Los autores citados hasta aquí –todos ellos biógrafos o teóricos del género– merodean el problema de la diferencia entre biografía e historia apuntando a la existencia de algunos materiales que no serían atractivos para la segunda en sus entonaciones más tradicionales. Es cierto que a esos autores les cuesta definir con precisión cuáles son esos materiales; no obstante, sin despejar del todo esa bruma, se puede afirmar que hay algo “estrictamente biográfico” y que se trata de lo menor de una vida: lo que puede pasar inadvertido, la minucia. Materiales que quizás no espolearían el interés de la historia concebida a gran escala –aunque sí, por supuesto, el de otros modos de hacer historia como, por ejemplo, la microhistoria–. Y aquí es oportuno recordar que cuando, a comienzos de la década de 1970, Roland Barthes acuñó el término “biografema”, también se refirió a los detalles de una vida:

⁷³ Shelston, A., *op. cit.*, p. 3. Traducción de PF.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ *Ibid.*, p. 4-5.

Si yo fuera escritor, y muerto, cómo me gustaría que mi vida se redujese gracias a un biógrafo amistoso y sin prejuicios, a unos detalles, a unos gustos, a algunas inflexiones: podríamos decir “biografemas”, cuya distinción y movilidad podrían viajar libres de cualquier destino y llegar, como los átomos epicúreos, a cualquier cuerpo futuro, condenado a la misma dispersión, una vida horadada, en suma, como Proust supo escribir la suya en su obra [...].⁷⁶

Por lo tanto, a la biografía parece corresponderle prioritariamente lo pequeño, los detalles: lo que es en apariencia trivial. La focalización en esos materiales menores –en la *petite histoire*– podrá estar justificada o no; no obstante, sí será aquello que el lector esperará encontrar en una biografía. ¿Hay algún modo de definir esa materia estrictamente biográfica? Seguramente, no en su totalidad; sin embargo, hay una forma breve, la anécdota, que está indisolublemente vinculada a la biografía. Volveré sobre el anudamiento entre anécdota y biografía en el segundo capítulo porque es en ella donde puede apreciarse el efecto corrosivo que lo biográfico puede obrar sobre ciertas concepciones rígidas o cerradas del relato histórico. Por lo pronto, es suficiente decir que la anécdota es algo así como el núcleo o la mínima expresión de –aquello que no debería faltar en– una biografía.⁷⁷

A PROPÓSITO DE LAS VIDAS AMERICANAS

Si no hay trabajos sistemáticos sobre la escritura biográfica argentina en el siglo XIX, sí los hay sobre la escritura autobiográfica. En ellos, además, los textos autobiográficos de Sarmiento –*Mi defensa y Recuerdos de provincia*– y de Alberdi –*Palabras de un ausente y Mi vida privada*– tienen especial relevancia. Es en esos estudios sobre la autobiografía –un pariente genérico de la biografía– en los que este libro encuentra sus antecedentes más próximos. Me refiero a *La literatura autobiográfica argentina*, de Adolfo Prieto (publicado originalmente en 1962); a *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (publicado en inglés en 1991 y en español en 1996), de Sylvia Molloy, y a *Un huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Alberdi y Sarmiento*, de Adriana Rodríguez Pérsico (1992). A esos libros deben sumarse, entre otros aportes que me fueron de utilidad y que menciono en distintas partes de este libro, trabajos de Paul Verdevoye, Ezequiel

⁷⁶ Barthes, Roland, *Sade, Fourier, Loyola*, trad. de Alicia Martorell, Madrid, Cátedra, 1997, p. 15.

⁷⁷ Alain Montandon establece que algunas de las características fundamentales de la anécdota son la autenticidad presunta, la representatividad, la brevedad de forma y que suscita algún tipo de reflexión. Además, retoma la noción acuñada por Barthes y se refiere a la anécdota como un “biografema”. Montandon, Alain, *Les formes brèves*, París, Hachette, 1992, p. 100.

Martínez Estrada, Noé Jitrik, Ana María Barrenechea, Nicolás Rosa, Natalio Botana, Martín Kohan, Cristina Iglesia, Beatriz Sarlo o Ariel de la Fuente. Todos ellos se interesaron ocasionalmente en las características de la obra biográfica de Sarmiento, Alberdi o Gutiérrez; es decir, consideraron a esos intelectuales como escritores de biografías: como biógrafos.

Por último, debo agregar que un trabajo que me resultó muy productivo es *Constructing American Lives. Biography and Culture in Nineteenth-Century America*, al que ya mencioné. Scott E. Casper examina allí la “manía biográfica” que caracterizó a los Estados Unidos en el siglo XIX. El estudio empieza con la siguiente afirmación: “Imprentas activas, librerías abarrotadas, un público impaciente: en los Estados Unidos del siglo XIX, la biografía podía ser encontrada casi en cualquier lugar donde los lectores buscaran, y definitivamente los lectores buscaban”.⁷⁸ Sarmiento fue testigo de esa proliferación; en la carta sobre los Estados Unidos de *Viajes por Europa, África y América*, informa con asombro que, en ese país, entre 1830 y 1842 se habían publicado “ciento seis obras originales sobre biografía”.⁷⁹ Un panorama de esa magnitud no tuvo lugar en la Argentina decimonónica; sin embargo, la centralidad que según Casper tiene la relación entre individuo e historia nacional en buena parte de los textos biográficos que analiza es también una constante en los de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez de los que aquí me ocupo.

En los dos capítulos iniciales de este libro me enfoco en la cuantiosa producción biográfica de Sarmiento. En el primero argumento que ese entusiasmo por la escritura de vidas refiere, en especial, a la convicción de que la biografía podía ser el género privilegiado para que se constituyera una literatura americana original. En efecto, la biografía fue para Sarmiento la mejor herramienta para comunicar al mundo la diferencia americana y, en consecuencia, para poder destacarse como “pobre narrador americano”, para decirlo con la fórmula que acuña en el *Facundo*.⁸⁰ Luego, en el segundo capítulo, me concentro en la trilogía biográfica que integran los textos sobre los caudillos José Félix Aldao, Juan Facundo Quiroga y Ángel Vicente “El Chacho” Peñaloza. Al respecto, mi interés principal no es detallar la complementariedad que habría entre ellos, sino explorar otros aspectos menos transitados: las características que los diferencian y los vínculos con otras biografías que escribió Sarmiento.

El tercer capítulo es sobre la producción biográfica de Alberdi. Se trata de una producción que está lejos de la exuberancia que caracteriza la de Sarmien-

to, pero que, de todos modos, interesa entre otras razones porque en ella se revela la búsqueda de modelos de hombre célebre alternativos al del militar victorioso. Las vidas que le importan a Alberdi son las de los “héroes de la paz”: por ejemplo, la del empresario norteamericano William Wheelwright. Además, en ese mismo segmento de este libro me demoro en la lectura crítica que hizo Alberdi de las biografías escritas por Sarmiento –y entre ellas especialmente las consagradas a los caudillos– y esto en razón de que esa lectura fue un insumo fundamental para su propia constitución como biógrafo.

Finalmente, en el cuarto capítulo, analizo diversos textos en los que Juan María Gutiérrez contó las vidas de algunos poetas nacidos entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX: José Antonio Miralla, José Mármol, Juan Cruz Varela o Esteban Echeverría, entre otros. Me interesa demostrar no solo la importancia que el género biográfico tuvo en su actividad como crítico e historiador de la literatura, sino, además, cómo esas biografías literarias dan cuenta de las mismas inquietudes que se advierten en los textos de Sarmiento o Alberdi que estudio en los capítulos previos.

Entre esas inquietudes que los tres compartían hay una que refiere a una preocupación fundamental de la generación romántica a la que pertenecían: encontrar una vida que confirmara ejemplarmente que la síntesis virtuosa de lo americano y lo europeo era posible y no tan solo un espejismo en el desierto biográfico que anhelaban poblar. En esa búsqueda, solo Sarmiento tuvo algún éxito.

⁷⁸ Casper, S. E., *op. cit.*, p. 1.

⁷⁹ Sarmiento, Domingo Faustino, *Viajes por Europa, África y América*, edición crítica de Javier Fernández, Madrid, Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 413. En todas las citas de Sarmiento, Alberdi y Gutiérrez normalicé ortografía y puntuación de acuerdo con la normativa actual.

⁸⁰ Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, edición a cargo de Nora Dottori y Susana Zanetti, prólogo de Noé Jitrik, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 20.